

SEGUNDO PREMIO ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

GRIMN Y EL PAPEL ARRUGADO

BÁRBARA OTONÍN RODRÍGUEZ

Universidad Camilo José Cela de Madrid

Cuando Grimn se despertó entre aquel montón de recuerdos malolientes, supo que en el día anterior nada había cambiado. El mundo no había llegado a su fin y los tubos de escape de aquellos amasijos monstruosos que se revolvían en la avenida principal hicieron una vez más de despertador.

Eran las ocho de la tarde, y las gentes de la ciudad celebraban dicharachosamente la vuelta al hogar tras una larga jornada de trabajo en sus despachos. Los sonidos punzantes e hirientes del urbanismo moderno atravesaban todas esas paredes fabricadas con un material similar al de los recipientes de vino que abundaban apilados en las esquinas de la decadente morada.

Justo bajo la ventana única de aquel vertedero que tenía por casa, había un parque infantil. Una de aquellas horribles cárceles para niños faltos de atención, que había sido pacíficamente, o no tanto, ocupada por el exceso de vagabundos que se fraguaban en la urbe. Pero a Grimn no le importaba. Eso significaba la transformación del griterío infantil en continuas trifulcas plurilingües. Por lo tanto, era un cambio a mejor.

En cualquier caso, el sonido ambiental de sus atardeceres era insufrible, y una de las pocas cosas que a Grimn le quedaban era su desarrollado buen gusto musical. Alargando un huesudo brazo, acertó a posicionar la aguja cercana al surco correcto. El viejo tocadiscos, rescatado de un contenedor de dudosa pertenencia, hacía girar ahora un vinilo robado de The Mamas & The Papas.

Como en una de tantas viviendas semiabandonadas, el desayuno era un lujo que no se podía permitir en aquella cueva alquilada. Al menos si hablamos de desayuno como fase de alimentación. El desayuno de Grimn era una visita a la farmacia de guardia instalada bajo su almohada. De entre todas aquellas pastillas y píldoras, su vicio más odiado era el Prozak. Recordaba al médico que se lo recetó. En su momento etiquetó al facultativo como "amigo", pero los años habían volado y en su memoria ahora le tenía como a otro traficante más, diferenciado del resto por su blanca bata impoluta.

Con la cavidad craneal ya saciada y el estómago convulsionando, tras nueve horas de ausencia de ingesta, se abrochó con fuerza los mocasines y, mientras estiraba con nula efectividad su camisa, abandonó esa casa del demonio.

A cada metro más cerca del "chino" de la calle, más le olía la boca a óxido. Sentía el tono carmesí impregnando sus labios y recordó cuando no era la sangre regurgitada la que le teñía, sino el carmín de alguna amada. Buscó en los bolsillos de su cazadora desgastada un extraviado pañuelo, hasta dar con un clínex bien enredado en sí mismo. Entonces se olvidó del sentido original de aquella acción y con el pequeño lapicero despuntado que nunca abandonaba su camisa, se apoyó en una papelera del callejón:

"Puede que, otra vez, el apogeo de mis cien voces que aíslan y fulminan cada susurro de las fuerzas de avanzar, esté ganando a los peldaños logrados desde la fosa existencial en la que me sumergí largas décadas. Puede no. Estoy seguro. Y me odio por ello. Mis letras empiezan a fundirse con un cielo oscuro. Me odio por querer fundirme con él yo también. "

Tras persuadir al dependiente asiático para que le fiase un par de bolsitas de kikos, Grimn necesitaba facilitar la digestión y entrar en calor con un poco de caldo. La tercera parada de su trayecto diario era el cochambroso bar Destino. A su llegada, sólo el camarero le saludó con un "buenas noches, señor Grimn".

Por supuesto que Grimn no era su nombre. Era uno de esos odiosos apodos cuyo origen nadie recuerda, pero que perduran con los años. No le molestaba, de hecho, se le hacía raro cuando le llamaban por su verdadero nombre. En el bar de la esquina todos se dirigían a él como Grimn. Teniendo en cuenta que fuera de ese tanatorio, donde eran muchos los que lloraban sus propias muertes, no poseía ni buscaba vida social, aquel mote era su nombre.

Había terminado los últimos tragos de la botella, hacía rato ya, insípida. Su mañana había terminado a la una de la madrugada. Llevaba cerca de tres horas sentado frente a las cristaleras desprovistas de aperitivos entre retortijones y alucinaciones, frutos ambos de la simbiosis entre los antidepresivos y el alcohol barato.

Se despidió de alguien y se alejó por la callejuela menos iluminada implorando que le partiese un rayo. Como si verdaderamente hubiese alguien arriba, y este ser le hubiese concedido parte del deseo, una brutal tormenta se desató.

Tardó más de lo esperado en llegar al portal de su vivienda, se había entretenido leyendo cada cartel luminoso de la avenida próxima a su cueva. Solo podía recorrerla a estas horas, cuando los únicos transeúntes eran las enormes cucarachas. Él, al igual que esas

obscenas fluorescencias rosadas y estos enormes insectos, formaba parte de la cara olvidada de toda ciudad elegante y cosmopolita.

Volvió con los atuendos empapados. Llovía a mares. Se desnudó y se tiró al suelo. Junto al único radiador de aquella pocilga. Se miró los dedos pálidos, palpitantes, faltos de riego, y se dijo "podría ser peor". Ya no creía en esas palabras.

Las primeras luces del nuevo día difuminaban la suciedad de las calles. Era la hora de desmayarse, no sin antes dialogar consigo mismo en busca, una vez más, de respuestas. En esos momentos Grimm conversaba con el vaho de sus palabras ardiendo en el aire. En la oscuridad, los fugaces brillos de origen desconocido, que se escurrían por las grietas de las persianas, le resultaban hipnóticamente hermosos. El frío no era su amigo, pero sí la única compañía con la que reposaba su cuerpo. Con la mirada perdida simulando estar rodeado de objetos extravagantemente amenazantes, agarró del suelo una daga de grafito. Alcanzó una factura pegajosa y aflojó una pequeña cantidad de peso mental:

"Desde la sombra del mundo que un día pisé, los pensamientos zigzaguean arañándome el cuerpo. Con las uñas de la verdad, que abren heridas más oscuras que la noche misma. Los días, fríos y apagados, vuelven mi corazón igual. O quizás sea yo el que torna cada vuelta de reloj más lúgubre, contaminando a toda esta realidad que es lo único que aún poseo. "

Hizo algo parecido a cerrar los ojos y se durmió, arropado con una manta gris, en un suelo negro moteado por naranja. Concibió aquello que más que sueño, era pesadilla. Consiguió despertar pasada la hora desde que se levantó del suelo, ya seco, de su zulo. Con la mirada olvidada donde la dejó anoche tras la ida y venida de constelaciones neurales. Relamiendo las migas de platos de muchos ayeres. Mordisqueándose las uñas y el alma, en un peliagudo ejercicio de autosuficiencia.

La puerta de aquel mausoleo gritó quejándose de los golpes que la castigaban. Grimm la entornó, arropado con solo su vello y un calzón de difusa secuencia cromática. Ante él la figura del barquero, con una carta y muchas ofensas que el propio Grimm reconocería como insuficientes. El barquero, el casero. De fino pelo repeinado con grasa sobre los obvios indicios de calvicie. Las noticias que escupió no eran sorprendentes.

Tan solo se vistió con la misma ropa de siempre. No tenía nada que recoger y dejó tirados tantos recuerdos como pudo. No tenía lágrimas con las que despedirse de su cobijo prestado. Alargar aquella situación de impagos había acabado con la paciencia del propietario. Era el momento de cavarse su tumba dónde nadie pudiese reanimarle. Paseó por la avenida de días mejores. Observando andares ajenos motivados por

rutinas satisfactorias. Pidiéndose perdón por no haber sido lo que no esperaba llegar a ser. Sin perdonarse.

El cielo le abrasaba entre destello y destello. Sin reloj no existían las horas, y Grimn llevaba milenios avanzando pasos sin despegar la mirada del suelo. Se dedicaba sus últimas palabras.

Grimn nunca fue alguien. Grimn fue, hace mucho o poco tiempo, otro nadie más. Ahora solo era un nadie menos. Corrompido por la búsqueda de identidad entre entidades vacías. Solía escribir. Y era bueno. Los papeles le hablaban y el respondía cortésmente, creando párrafos con los que celebrar su don. Pero tras varios sucesos, que ya fueron, abandonó la virtud para que, con su fin, no hubiese pérdida que lamentar. Sin embargo, siempre tenía algún papel arrugado cerca, en el que dejaba alguna cicatriz interior. Representaban su arrugado rostro, su arrugada mente y su más que arrugada inexistencia.

En su paso se dibujaron un par de cartones, y tuvo que garabatear algo con ese lapicero inmarchitable:

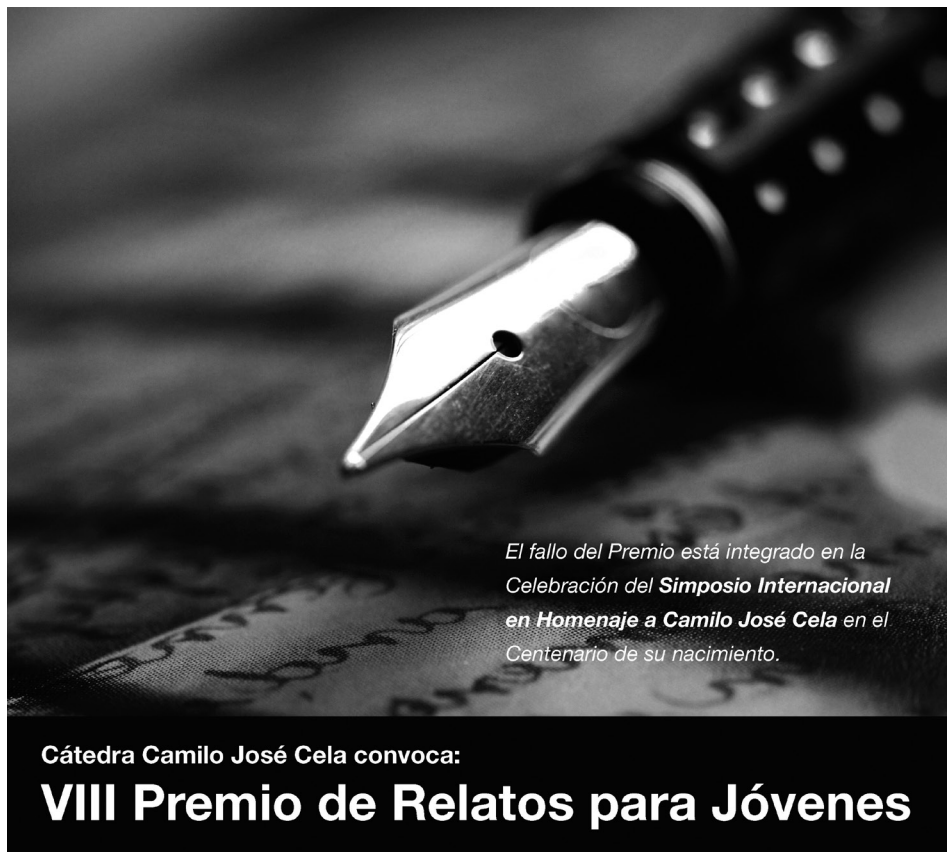
"Si el fuego ya me consumió y soy solo hollín, ¿dónde está la brisa que me esparce y distorsiona mi huella? Deja de atizarme, de soplar suavemente para hacerme renacer, Dios ajeno."

Y pasó de largo.

Llegó a una zona cuya descripción es absolutamente irrelevante, para él también. Vio otro papel en el suelo. Este extremadamente liso. Lo agarró. Pensó un momento. Y cuando empuñaba ya su cincel, las lágrimas comenzaron a escribir por él.

Empezó a darse cuenta de su incapacidad por tomar decisiones. De su inmovilidad entre caminatas hacia ningún sitio. De su falta de protagonismo en aquello que estaba siendo su verdadero y auténtico último relato. El de la vida que le quedaba, la que no había sido capaz de quitarse, en la que no se había esmerado por remontar. Comenzó a sentir las cadenas que le tenían sujeto a una falsa libertad, la de la rutina de esperar el final. Pudo sentir a todos sus demonios engrasando el mecanismo del brutal nihilismo que dominaba sus días. Por primera vez en décadas sintió lástima de sí mismo, y eso, como un terremoto desde lo más profundo de su ser, derrumbó los cimientos de su pasividad y sus piernas.

Derrumbado, volvió a mirar aquel papel detenidamente, le apetecía volver a escribir. Lo arrugó y lo tiró. Se acomodó en el suelo, necesitaba retomar el aliento. Y por primera vez en un tramo de tiempo que ya no importaba, sonrió.



*El fallo del Premio está integrado en la
Celebración del **Simposio Internacional**
en Homenaje a **Camilo José Cela** en el
Centenario de su nacimiento.*

Cátedra Camilo José Cela convoca:

VIII Premio de Relatos para Jóvenes

2 Categorías

- Estudiantes de Bachillerato
- Estudiantes Universitarios

Premio Bachillerato

- **1er premio:** 600€ brutos + Lote de obras de Camilo José Cela + Curso en línea de escritura creativa para jóvenes valorado en 400€
- **2º premio:** 300€ brutos + Lote de obras de Camilo José Cela

Premio Estudiantes Universitarios

- **1er premio:** 1.000€ brutos+ Lote de obras de Camilo José Cela + Curso en línea de creación literaria valorado en 1.400€
- **2º premio:** 500€ brutos+ Lote de obras de Camilo José Cela

Tema: libre

Extensión: 1.200-2.000 palabras

Entrega de trabajos: hasta el 6 de abril 2016

Fallo del jurado: 19 de mayo de 2016



Bases

www.ucjc.edu
Cátedra Camilo José Cela de Estudios Hispánicos

Información y envío de trabajos

Universidad Camilo José Cela. Cátedra Camilo José Cela
C/ Castillo de Alarcón, 49. Urb. Villafranca del Castillo
28692 Villanueva de la Cañada (Madrid)
(NECESARIO CUMPLIMENTAR LA FICHA DE INSCRIPCIÓN
anexa a las bases en www.ucjc.edu o en catredracjc@ucjc.edu)

